

ESTUDIO COMPARATIVO ENTRE LA EDUCACION NAHUATL Y LA GRIEGA

Por MINA MARKUS S.

El presente trabajo constituye un intento de comparar algunos de los conceptos fundamentales que normaron la educación en el mundo griego y en el de los antiguos mexicanos. Desde un principio subrayamos que no es nuestro propósito querer descubrir ingenuamente parecidos o semejanzas, que serían en muchos casos resultados de aplicar o proyectar nuestros propios conceptos al fenómeno distinto de la cultura náhuatl prehispánica.

Creemos, no obstante, que el comparar el fenómeno de la educación en dos culturas tan distintas y remotas podrá ayudar a la mejor comprensión de las mismas y aún podrá arrojar nueva luz en la empresa de lograr un concepto mucho más amplio, y hasta donde cabe, universal y humano de esta institución, a través de la cual se preservan y transmiten los ideales y motivaciones de los seres humanos. Con esta mira, nos fijamos aquí en algunos de los principios fundamentales de la educación entre los griegos y entre los nahuas. Como es obvio, en muchos casos podrán percibirse grandes diferencias, tanto en el concepto, como en la forma de expresión. Una vez más, repetimos, que somos conscientes de las grandes limitaciones del presente trabajo, que consideramos un mero ensayo o intento de aproximación.

Todo pueblo que alcanza un cierto nivel de desarrollo se halla inclinado a practicar la educación. La educación es el principio mediante el cual la comunidad humana conserva y transmite su peculiaridad física y espiritual.

La naturaleza del hombre en su dualidad estructural, corporal y espiritual, crea condiciones especiales para el mantenimiento y la transmisión de su forma peculiar, exige organizaciones físicas y espirituales cuyo conjunto constituyen la educa-

ción; esta no es una propiedad individual, sino que pertenece a la comunidad. Así toda educación es el producto de la conciencia viva de una norma que rige una comunidad humana y esculpe su destino. Educación es la justificación última de existencia de la comunidad y de la individualidad humana.

Tanto los griegos como los nahuas, cada quien en forma distinta naturalmente, se dieron perfecta cuenta que la educación debía ser un proceso de construcción constante y consciente de todo el ser, inculcando las normas que rigieran la futura vida del hombre desde su nacimiento. El hecho de que estos pueblos, como tantos otros, sintieran la tarea educadora como algo grande y difícil y se consagraran a ella con gran ímpetu, nos muestra que *el hombre* se hallaba en el pensamiento tanto de los educadores griegos como de los *tlamatinime* o sabios nahuas.

En los griegos la forma humana de sus dioses, el consecuente movimiento de la filosofía, desde el problema del Cosmos, hasta el problema del hombre, que culmina en Sócrates, Platón y Aristóteles, su poesía, su estado, son rayos de una única y misma luz.

El *Tlamatini*, el sabio: “una luz, una tea, una gruesa tea que no ahuma”¹ —hermosa metáfora que explica lo que para los nahuas representaba el sabio, el educador; la preocupación de estos personajes era poner espejo horadado por ambos lados, por el cual podían mirar los dioses la tierra y las cosas humanas, afirmación de la idea del *tlamatini*: una visión concentrada del mundo y de las cosas humanas.²

La educación náhuatl en el mundo prehispánico era muy importante, era el arte de crear hombres y educarlos para descubrir el elevado objetivo de los sujetos creadores. La educación no estaba enfocada a una meta personalista como en los griegos, los nahuas más bien la aprovechaban para el bien de la comunidad, pero no le restaban importancia a la intelectualidad del individuo, al rostro y corazón personal.

La educación en Esparta

En Esparta el mayor orgullo y poder era su ejército, puesto que de la destreza y disciplina del mismo dependía la seguridad

¹ León-Portilla, Miguel: *La Filosofía Náhuatl*, p. 64.

² *Ibid.*, p. 64.

del país. Todo ciudadano era instruido para la guerra y estaba sujeto al servicio militar. Ser bueno y valiente, morir en la batalla era el máximo honor; sobrevivir a la derrota era una desgracia. “Vuelve con el escudo o sobre él”, era la despedida materna. Para inculcarles tal dureza era necesario desde su nacimiento infundirles rigurosa disciplina cuyo primer cimiento consistía en una despiadada eugenesia.

El recién nacido no sólo se veía amenazado por el derecho paterno al infanticidio, sino que era llevado ante un consejo de inspectores del estado que lo examinaba y, si lo encontraba defectuoso, ordenaba fuera despeñado de lo alto de una roca del Monte Taigeto.³

La norma de endurecer a los niños acostumbándolos a las fatigas era algo similar a lo que hacían los nahuas, pero el fin perseguido parece diferente porque los griegos, al someter a los pequeños a las privaciones, no inculcaban —como los nahuas— un auto control, sino más bien continuaban con la selección. Esta llegó al grado de elegir a los consortes, basándose sobre todo en la salud y carácter de los cónyuges, a fin de engendrar ejemplares bien dotados.

Los celos y el monopolio sexual fueron ridiculizados por Licurgo. “Es necio que las gentes se muestren tan solícitas por sus perros y caballos y se esfuerzen y gasten dinero por procurar buenas razas de ellos y en cambio, tengan a sus mujeres encerradas como en una fortaleza, no permitiéndoles que procreen sino de sus maridos aunque sean bobos, caducos y enfermizos.”⁴

A la edad de siete años el niño espartano era separado de su familia y el estado se encargaba de él. Ingresaba a un centro que era regimiento y centro de enseñanza, bajo la autoridad de un Paidonomos o director. El más capaz y valiente de los estudiantes era nombrado capitán, era obedecido y respetado; el afán de sus compañeros era igualarlo o aventajarlo en la labor y en la disciplina.

Al llegar a los doce años sólo usaban como vestimenta una investidura, dormían a la intemperie en un lecho de cañas cortadas. Hasta los treinta años hacían vida común con los de su compañía en cuarteles, apartados de las comodidades hogare-

³ Durant, Will: *La Vida de Grecia*, p. 130.

⁴ *Ibid.*, p. 136.

ñas. Enseñábaseles a escribir y leer lo necesario para que no fueran analfabetos; pocos eran aficionados a los libros. Licurgo dice que Plutarco quería que los niños aprendieran sus leyes, no mediante la escritura, sino por la transmisión oral y de modo práctico y con ejemplos; creía que era mejor acostumarlos a obrar bien de un modo inconsciente que apelando a la persuasión teórica. Sostenía que una adecuada educación era el mejor de los gobiernos.⁵

La educación era más bien moral que intelectual, porque estimaban que el carácter tenía más importancia que el intelecto. El muchacho espartano era habituado a la sobriedad. Se le preparaba para la guerra, se le enseñaba a buscar su propio alimento en los campos, a valerse por sí mismo; era lícito robar en esos casos, pero el ser descubierto era una falta que se castigaba.

A los treinta años, si lograba sobrevivir honorablemente a las durezas de su vida juvenil, se le aceptaba como ciudadano en plenitud de sus derechos y responsabilidades. Las muchachas no obstante ser educadas en el hogar, estaban también sujetas a una reglamentación estatal. Debían practicar vigorosos juegos; carreras, luchas, arrojar el disco, tirar el arco, con el fin de hacerlas sanas y fuertes para una perfecta maternidad y para lograr una raza fuerte y hermosa.

La libertad sexual era grande antes del matrimonio, por lo tanto fue rara la prostitución. El estado determinaba que la mejor edad para el matrimonio era a los treinta años para el hombre y los veinte para la mujer. El celibato era un delito, los solteros eran excluidos de los derechos políticos y de otras actividades.

La educación espartana formó hombres de recio cuerpo, familiarizados con la vida dura y las privaciones, dotados de un carácter cruel, frío y egoísta; la salud era una de las principales virtudes y la enfermedad un grave delito. La estrechez de espíritu de los espartanos redundaría, a la postre, en daño de la misma fortaleza de su alma.

La educación ateniense

Igual que en Esparta, todo ateniense debía tener hijos, y para procurarlo, la religión, la propiedad y el estado concer-

⁵ *Ibid.*, p. 137.

taban sus esfuerzos. Cuando no había descendencia, solía apelarse a la adopción. Pero a la vez, tanto el derecho, como la opinión pública, aceptaban el infanticidio como medio preventivo contra el exceso de población y contra una extremada y antieconómica fragmentación de las propiedades agrarias. El padre podía exponer al recién nacido hasta dejarlo morir, ya porque dudara que fuera su hijo, ya por débil y deforme. Las niñas eran expuestas más frecuentemente, pues a la hija había que darle dote y con el matrimonio pasaba del hogar paterno al de su marido y al servicio de su familia que nada habían hecho por ella. La exposición se hacía en un recipiente de barro, donde se colocaba al infante, en un recinto del templo u otro lugar donde pudiera ser vista, por si alguien la quisiera adoptar. Platón como los demás filósofos, aprobaban la limitación de descendencia; opinaban que debían exponerse los niños débiles y los nacidos de padres míseros o ancianos.

Después de los diez días de nacido, el niño era aceptado formalmente en la familia, mediante una ceremonia religiosa donde al mismo tiempo se le daba nombre.

Una vez aceptado el niño, era criado con gran cariño. Las tormentas de la adolescencia se atemperaban con diversos juegos. La ciudad de Atenas sostenía gimnasios y palestras públicos; la inspección que ejercía sobre los maestros era liberal. No tenía escuelas públicas, ni universidades oficiales. La enseñanza estaba en manos de particulares; los atenienses opinaban que la libre competencia era lo mejor. Existían escuelas pertenecientes a educadores profesionales, a las que se enviaban los niños a la edad de seis años. El nombre de paidagogos no se aplicaba al maestro, sino al esclavo que llevaba al niño a la escuela y lo iba a recoger.

La asistencia a la escuela se prolongaba hasta los catorce o dieciséis años y en personas acomodadas hasta más tarde. El plan de estudios comprendía tres grupos de disciplinas: escritura, música y gimnasia. Después se añadió el dibujo y la pintura. La escritura comprendía la lectura y la aritmética, que usaba letras como números. No se preocupaban por aprender lenguas extranjeras, pero sí ponían empeño en el conocimiento de la propia. Una persona educada tenía que saber luchar, nadar y manejar la honda y el arco. Las niñas recibían su educación en el hogar; sus madres o amas les enseñaban a leer, escribir y contar, a hilar, tejer, bordar, danzar y cantar.

La enseñanza superior, para los hombres, corría a cargo de retores y sofistas, que enseñaban oratoria, ciencia, filosofía e historia. Los honorarios eran elevados y por esta razón pocos podían seguir estos cursos, pero los jóvenes ambiciosos trabajaban durante las noches en talleres y campos para poder asistir en el día a los cursos. A los dieciocho años entraban en la segunda de las cuatro etapas que integraban la vida del ateniense, es decir niño, joven, adulto y anciano, y eran alistados en las filas de la juventud militar. Por espacio de dos años se les instruía en los deberes de la ciudadanía y de la guerra, siendo los instructores jefes de las tribus. Durante ese lapso hacían sus comidas y vivían en común, llevaban uniforme y su conducta era vigilada constantemente.

Se organizaban democráticamente entre sí, según el modelo de la ciudad, reuniéndose en asambleas, aprobando resoluciones y dictando leyes para su propio gobierno, al mismo tiempo que continuaban recibiendo cursos de literatura, música, geometría y retórica. A los diecinueve años se les enviaba a las guarniciones de la frontera donde tenían a su cargo la protección de la ciudad contra cualquier ataque; ahí permanecían dos años. Al llegar a los veintiún años, terminada la instrucción, los efebos prestaban el juramento de los jóvenes de Atenas ante el Consejo de los Quinientos, en el templo de Agraulos y se les daba oficialmente ingreso a la plena ciudadanía Ateniense.

Tal era la educación, fruto de una larga experiencia, ganada en el hogar y en la calle, que formaba al ciudadano ateniense; en ella se combinaban la educación física y la intelectual, la moral y la estética, así como una celosa vigilancia de la juventud y una amplia libertad en la madurez. En su periodo culminante pudo forjar la mejor juventud de todos los tiempos. Después de Pericles, lo teórico adquiere precedencia y va eclipsando a lo práctico. Los filósofos discuten sobre los propósitos y métodos de la educación y todos coinciden en dar a la educación suprema importancia. Preguntado una vez Aristipo en qué se diferencian las personas educadas de las que no lo han sido, respondió: "En lo mismo que los caballos domados, de los indómitos." Aristóteles, a la misma pregunta contestó: "En lo que los vivos de los muertos."⁶

Los atenienses no eran unos dechados de moralidad, el pro-

⁶ Durant, Will, *La Vida de Grecia*, p. 438.

greso intelectual había debilitado en muchos de ellos los conceptos morales tradicionales, convirtiéndolos casi en individuos amorales. Tributaban respeto a la justicia, pero la conciencia no les inquietaba demasiado y nunca pretendieron amar a su prójimo como a sí mismos. Eran demasiado brillantes para ser buenos y sentían más desprecio por la estupidez, que aversión por el vicio; eran sutiles, dotados de una gran curiosidad y activos. Un pensamiento claro y una clara expresión era para el ateniense cosas divinas.⁷

Las cualidades de los atenienses se concentraban para formar su ciudad-estado, una creación y resumen de su vigor, brillantez y locuacidad, de su rebeldía y afán de lucro, de su vanidad y patriotismo, de su devoción por la belleza y culto por la libertad.⁸

Las leyes de Atenas privaban de la ciudadanía a quienes fueran objeto de galanteos homosexuales, pero la opinión pública los aceptaba con cierta guasa. Alcibiades fue en su tiempo el hombre más adorado por los de su sexo y se vanagloriaba de los hombres que le prefirieron. En las mujeres existió parecida inversión, como Safo.

La educación náhuatl

Entre los nahuas el nacimiento de una criatura constituía, desde el primer momento, una gran alegría. Después de los primeros ritos, se consultaba a los agoreros sobre la fortuna del recién nacido y se festejaba el arribo del nuevo ser, convidando a los deudos y amigos. Si los recursos lo permitían, hacían grandes banquetes y presentaban vestidos a todos los convidados. Si el padre era militar, preparaba para esta ceremonia un arquillo, cuatro pequeñas flechas y un vestido para el hijo, de la misma hechura del que había de usar de grande. Si era artífice o labrador, preparaba algunos instrumentos propios de su arte. Para una hija se aprontaba el traje propio de su sexo, un huso y algún instrumento de tejer. Invocando a los dioses Ometeuctli y Omecíhuatl, pedían le infundiesen la virtud y la amparasen; para el futuro militar pedían que muriera defendiendo la causa de los dioses, para poder gozar en el cielo de las

⁷ *Ibid.*, p. 448.

⁸ Durant, Will, *La Vida de Grecia*, p. 449.

delicias preparadas para los hombres que sacrifican su vida a tan noble causa; oraban a otros dioses como a Yohualticitl por el bienestar del niño y concluidas las ceremonias religiosas de la ablución seguían los banquetes y festejos.

Desde la infancia acostumbraban a los niños a sufrir el hambre, el calor y el frío y se les inculcaba una gran fortaleza y control.

La tlacahuapahualiztli comenzaba desde pequeños en la casa paterna; el respeto de los hijos era tan grande que aún mayores de edad apenas osaban hablar en presencia de los padres, cuyas instrucciones y consejos eran seguidos con gran respeto, lo que recalcan los primeros religiosos que llegaron a la Nueva España como Motolinía, Olmos y Sahagún.

La educación era muy estricta; se les inculcaba el respeto a los mayores, a los dioses, a los inválidos, se les enseñaban reglas de moral, a no faltar a sus promesas, respeto y obediencia a los maridos, discreción, agradecimiento para con los demás, un verdadero código de moral, obediencia y respeto, digno de seguir aún en nuestra época. Dice el P. Acosta: "Ninguna cosa más me ha admirado ni parecido más digna de alabanza, que el cuidado y orden que en criar sus hijos tenían los mexicanos. Porque entendiendo bien que en la crianza e institución de la niñez y juventud consiste toda la buena esperanza de una república, dieron en apartar a sus hijos de regalo y libertad que son dos pestes de aquella edad, y en ocuparlos en ejercicios provechosos y honestos."⁹

Por las pinturas del *Códice Mendoza*, desde la 49 hasta la 57, nos podemos dar cuenta del sistema de educación que los Nahuas daban a sus hijos, la cantidad de los alimentos que les suministraban, según su edad, los empleos en que los ocupaban y los castigos que les asignaban; castigos que se hacían más duros a medida que los niños eran mayores. También nos muestran las pinturas como eran conducidos los jóvenes por sus padres a los templos para que les enseñaran los ritos religiosos o por los Echcautli para ser instruidos en el arte militar.

La selección para el ingreso en el Telpochcalli o Calmécac no se hacía por diferencias de clases sociales, sino por elección de los padres para enseñarles a ser guerreros o sacerdotes. Todos los niños y jóvenes nahuas acudían a centros educacionales.

⁹ Acosta, Joseph de, *Historia Natural y Moral de las Indias*, p. 315.

Entre los nahuas se castigaba duramente a los soberbios y a los borrachos; la moral era muy elevada y no se permitían el adulterio ni la homosexualidad, que repudiaban y castigaban; era elogiada y loada la virginidad; las jóvenes de los "seminarios" eran las más solicitadas por sus costumbres puras y por su inteligencia en las artes propias de su sexo. El joven que a los 22 años no tomaba estado, se consagraba al servicio del templo y, si se arrepentía de su celibato y trataba de casarse, era tenido por infame y rara la mujer que lo aceptaba por marido. Los hijos aprendían el trabajo de sus padres y seguían su profesión; a los que destinaban para la judicatura, hacían asistir a los tribunales para que fuesen aprendiendo las leyes del reino y la práctica y forma judicial.¹⁰

A los hijos de reyes y señores principales se daban ayos que arreglasen su conducta y se les enseñaba el difícil arte de gobernar a los hombres, asignándoles el gobierno de alguna ciudad para que practicasen antes de entrar en posesión de la corona o señorío.

La educación intelectual en el Calmécac era la enseñanza del respeto a los mayores, la forma en que debían saludar, hacer reverencias, hablar correctamente; se les enseñaban los versos de cantos divinos, escritos en libros por caracteres, la astrología, interpretación de sueños, cuenta de los años. El Códice Florentino muestra cuan cuidadosa era la enseñanza del lenguaje, *vel nemachtiloia in qualli tlatolli*,¹¹ de los estudios de retórica, tan bellamente aplicada en los discursos de los jóvenes y en los textos de los indígenas informantes. Otra prueba serán las dos formas para designar los distintos modos de expresión: *macehuallatolli*, forma de hablar del pueblo, y *tecpillatoli*, forma del lenguaje noble o cultivado.¹²

Esta segunda fase de enseñanza, que menciona Sahagún y corroboran otros cronistas, comprende también los cantares, *cuícatl*, los cantos divinos, *teucuícatl*, inscritos en los códices, las doctrinas religiosas y filosóficas nahuas que siempre se expresaban como "Flor y Canto".¹³

Tenían ayos, maestros, prelados, que les enseñaban todo género de artes militares, eclesiásticas, mecánicas, astrología, te-

¹⁰ Clavijero, Francisco Xavier: *Historia Antigua de México*, p. 195.

¹¹ León-Portilla, Miguel, *La Filosofía Náhuatl*, p. 225.

¹² *Ibid.*, p. 225.

¹³ *Ibid.*, p. 225.

nían libros de pinturas y caracteres, de las artes, libros de su ley y doctrina. El Códice Florentino dice: “Se les enseñaba el *tonalpohualli*, el libro de los sueños *temicámatl*, y el libro de los años *xiuhamatl*.¹⁴

Al estudiar la astrología, se les ponía en contacto con el saber matemático; se les impartía asimismo la enseñanza de la historia contenida en su *xiuhámatl*, donde se anotaban las fechas de los hechos acontecidos y las circunstancias de esos hechos con signos numéricos y pinturas.

Toda la rigidez de la enseñanza iba dirigida, como lo dice Miguel León-Portilla al aspecto dinámico de la personalidad, al corazón, así lograban dar firmeza a los corazones y perfeccionar la personalidad de sus discípulos, dando sabiduría a sus rostros.

La meta fundamental de la educación náhuatl era profundamente humanista; forjar hombres como Izcoatl, Motecuhzoma Ilhuicamina, Cuauhtémoc, ejemplos de seres humanos puros de corazón y mente, forjadores y directores de un pueblo sabio y generoso.

El arte de crear hombres cumplía con el supremo ideal humano, no fijándose en diferencias sociales, sino sólo en la persona misma, en el valor individual, en su bondad y firmeza. Por estas facultades altamente democráticas, que parece inverosímil haber encontrado en tiempos tan remotos, cuando actualmente en pleno siglo XX son tan difíciles de hallar, podemos apreciar la grandeza de la civilización náhuatl y el papel tan preponderante que jugó la educación entre ellos; dura, rígida sí, pero de resultados positivos. Sólo hombres dotados de gran sabiduría y humanismo pudieron inculcar tan altos ideales en sus discípulos, en su pueblo.

Doctos maestros fueron los tlamatinime: “El sabio, una luz, una tea, una gruesa tea que no ahuma. Suya es la tinta negra y roja, de ellos son los códices. De ellos es la sabiduría transmitida, ellos son quienes la enseñan, siguen la verdad.”

A estos “predestinados a saber”, a los tlamatinime, que en náhuatl significa “los conocedores de cosas”, Sahagún los denominó Filósofos, comparándolos con los sabios griegos.¹⁵ Fueron los tlamatinime los que formularon en sus poemas una teo-

¹⁴ *Ibid.*, p. 75.

¹⁵ León-Portilla, *La Filosofía Náhuatl*, p. 78.

ría del conocer metafísico, conocieron lo verdadero, la poesía, flor y canto, la poesía como expresión metafísica a base de metáforas, un intento de superar la transitoriedad, el ensueño de *tlalticpac* mediante flor y canto, el lenguaje que establece el diálogo entre la divinidad y los hombres.

El hombre náhuatl desconocía un sistema educativo tal como ahora se concibe: su meta era “forjar rostros” y “humanizar el querer de la gente”.¹⁶ Su empresa fue noble y humana, la de crear rostros y corazones, una comunidad de seres humanos con personalidad definida y con aspiraciones igualmente definidas: la formación de hombres valientes y de dotes morales bien plantadas.

Para los griegos la idea de la educación representaba el sentido de todo el esfuerzo humano,¹⁷ era la justificación máxima de la existencia de la comunidad y de la individualidad humana. Para los nahuas la educación estaba enfocada en provecho de la comunidad y no como una meta personalista, aunque no se restaba importancia a la individualidad.

La educación griega principia en la estructuración de la personalidad nacional del helenismo, empieza en el mundo aristocrático de la Grecia primitiva, con el nacimiento del ideal definido de hombre superior, al cual aspira la selección de la raza. Entre los nahuas no existe tal idea, el fundamento para ellos es perfeccionarse a sí mismos, ser dueños de un rostro y un corazón. Los griegos tenían como meta lograr la areté, virtud, tomada como expresión del más alto ideal, unida a una conducta cortesana y selecta y al heroísmo guerrero. La areté encierra en sí el ideal educador en su forma más pura. Así Homero lo usa con frecuencia para designar, no sólo la excelencia humana, sino la superioridad de seres no humanos, como la fuerza de los dioses.

El hombre ordinario carece de areté, es el tributo propio de la nobleza, señoría y areté van unidos; igualmente va unida la areté al honor, así los hombres aspiran al honor para asegurar su propio valor. En el concepto de la areté se funda el carácter aristocrático del ideal de la educación entre los griegos. Aristóteles decía: “Quien se estima a sí mismo debe ser infatigable en la defensa de sus amigos, sacrificarse en honor de

¹⁶ León-Portilla, *La Filosofía Náhuatl*, p. 217.

¹⁷ Jaeger, Werner, *Paideia. Los Ideales de la Cultura Griega*, p. 6.

su patria, abandonar gustoso su dinero, bienes y honores para entrar en posesiones de la belleza.”¹⁸

Entre los nahuas la educación era menos personalista, menos egoísta y, si bien eran enseñados para ser valientes guerreros, no dejaban de inculcarles sentimientos nobles, como lo muestra el siguiente texto que describe el ideal humano del hombre náhuatl:

In omacic oquichtli:
Yollotetl, yollotlaquavac,
ixtlamati,
ixehyollo,
mozcalia.¹⁹

El hombre maduro:
Un corazón firme como la piedra,
un rostro sabio,
dueño de un rostro, de un corazón
hábil y comprensivo.

¹⁸ *Ibid.*, p. 35.

¹⁹ León-Portilla, Miguel: *op. cit.*, p. 312.